

**LA ESPERANZA, FUENTE DE INSPIRACIÓN Y MOTOR  
DEL COMPROMISO DEL APOSTOLADO DEL MAR**

**S.E. Mons. Pierre Molères**  
Obispo de Bayonne, Francia

*(Gdynia, Polonia, 26 de junio de 2007)*

¡Hablar de Esperanza en Polonia, qué tema tan bello! Temible misión aún cuando se conoce el coraje de los Polacos en la Historia, su indomable orgullo y su Fe en Cristo, que a pesar de las divisiones y dictaduras, les ha concedido cada vez renacer de sus cenizas como el fénix.

Hablar de Esperanza es hablar de futuro, es hablar de felicidad, es hablar de salvación; es dirigirse a personas que se encuentran en condiciones de vida que son lo que son, no como las habían soñado, y que debemos considerar. Como San Agustín con sus diocesanos de Hippona, que no temía llegar al corazón de su vida y adoptar un lenguaje lleno de imágenes para evangelizarlos. Unámonos a ellos; escuchemos la meditación de Agustín de un pasaje del Evangelio de San Lucas, capítulo 11, versículos 10-13: «*Porque todo el que pide recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿O hay acaso alguno entre vosotros que al hijo que le pide pan le dé una piedra; o si le pide un pez, le dé una culebra? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan!*».

El pez, el huevo y el pan, comenta alegóricamente San Agustín son las tres virtudes teologales: el pez es la Fe; el huevo, la Esperanza; el pan, la Caridad.

- 1 El pez es bueno como la Fe; vive en el agua sin ahogarse; como nosotros los creyentes, que bautizados en las aguas del bautismo, hemos sido salvados de las tempestades del siglo.
- 2 El pan es el mejor de los alimentos, como la Caridad es la mejor de las virtudes; en cuanto a la piedra, representa la dureza del corazón.
- 3 El huevo es el símbolo de la Esperanza; el huevo no es el polluelo, está esperando que nazca el polluelo; con su cáscara, el huevo no ve el porqué de su trabajo; espera con paciencia lo que llegará.

Y Agustín concluye: «*No mires para atrás, teme al escorpión; el escorpión es el enemigo del huevo, como el mundo lo es de la esperanza*».

«*¡No mires para atrás; ama la esperanza!*». Fiel a esta consigna de Agustín, sin querer prolongarme, me propongo:

- presentaros la esperanza teologal y sus componentes
- y ver cómo el Apostolado del Mar puede, e incluso debe, encontrar en ella una fuente de inspiración, el motor de sus compromisos, y «*su capacidad de dar cuenta de esta*

esperanza» en las realidades marítimas.

\* \* \*

## A. ¿Qué es la esperanza?

Antes de recordarles la fórmula habitual que la describe, permítanme citarles la última frase de la carta premonitoria del Padre Christian de Chergé, monje cisterciense de Tibhirine en Argelia, decapitado junto a su comunidad hace ahora 10 años; meditando en las Navidades de 1993 sobre su posible asesinato y sobre su asesino, escribe: «*Y a ti también, amigo del último instante, que no sabrás lo que estás haciendo; sí, porque también por ti quiero decir este gracias, y este a-Dios, en cuyo rostro te contemplo. Y que nos sea dado volvernos a encontrar, ladrones colmados de gozo, en el Paraíso, si así le place a Dios, Padre nuestro, Padre de ambos. Amén. Inch Allalh*».

Texto admirable, resplandeciente de esperanza cristiana, del que aprendíamos la formulación en el catecismo cuando éramos niños: “*Mi Dios espero con firme confianza que me daréis por los méritos de Jesucristo vuestra gracia en este mundo y la felicidad eterna en el otro, porque lo habéis prometido y siempre mantenéis vuestras promesas*”. Fórmula un poco abstracta para los niños, pero que tenía sentido. Comprendíamos, intuitivamente, que entre el mundo de Jesús y el otro mundo existía un vínculo; que Jesús y nosotros, caminábamos juntos; y que nosotros, los niños, podíamos confiar en Jesús, pues mantenía siempre lo que prometía.

### **Los componentes de la Esperanza.**

¡Ya conocíamos lo esencial sobre la esperanza! En cuanto a nosotros aquí presentes, nos será útil individuar cuatro elementos, cuatro componentes de la Esperanza teologal para explorar su misterio.

1. **Es el deseo de Dios para aquel al que está destinado:** el objeto de la Esperanza, su finalidad, es Dios mismo. Responde al deseo de felicidad que Dios, al crearnos a su imagen, ha puesto en nuestros corazones hechos para él: « ¡Inquieto está el corazón nuestro, danos descanso en Ti!» decía San Agustín. Asume nuestras esperanzas humanas que inspiran nuestras actividades particulares; las purifica, las ordena para el Reino de Dios, incluso se distancia de ellas cuando se trata de ensanchar nuestro corazón, liberarlo, ayudarlo a desear la visión de Dios, la beatitud eterna.

\*

2. **Por otra parte, inseparable del tiempo, la Esperanza conlleva la espera:** espera activa del siervo bueno; todos estamos cortados en la tela del tiempo; obligados a preparar el futuro en nuestro presente; sin atascarnos en él, sin evadirnos de él. Obligados, sobre todo, a acoger el futuro en nuestro presente; porque la esperanza teologal introduce en el corazón del mundo un anticipo del futuro, en el que la Iglesia es, en cierto modo, presencia sacramental. Es el motivo por el que la Eucaristía se puede llamar «sacramento de la Esperanza», ya que alimenta al cristiano con el Cuerpo glorioso del Señor, nuestro futuro que se presenta ante nosotros, en nosotros. Así a través de este viático divino, todo discípulo es alguien que espera, un peregrino hacia la

Tierra prometida. «*Se imagina a sí mismo como un barco*», escribía un marino en su libro de a bordo.

\*

3. Pero nosotros lo sabemos por experiencia, **quien dice marcha, dice también obstáculos; quien dice travesía, dice escollos, por tanto hace un llamamiento a la perseverancia**: es la tercera característica de la Esperanza que incluye, a la vez, coraje y prudencia. San Pablo lo comprendió bien; en el curso de sus Epístolas nos habla de las dificultades halladas en el interior y en el exterior de sí mismo.

- ¿En **el interior**? cita la «ley de contradicción»: «*Realmente, mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco... ¡Pobre de mí!*».
- ¿Dificultades **del exterior**? En la Segunda Epístola a los Corintios, en dos pasajes, desarrolla su larga letanía: «*antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios: con mucha constancia en tribulaciones, necesidades, angustias; en azotes, cárceles, sediciones; en fatigas, desvelos, ayunos*»; «*¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo me abraze? Si hay que gloriarse, en mi flaqueza me gloriaré*».

Estos obstáculos, los conocemos cada uno a su manera. Hacen que el fin vislumbrado parezca más lejano y también inalcanzable. ¿Entonces qué hacer? Es aquí dónde Pablo nos presenta como modelo a Abrahán, «*padre de todos nosotros*», «*esperando contra toda esperanza*», infatigable peregrino de Dios. Por su parte, el autor de la Epístola a los Hebreos, después de haber mencionado la promesa irrevocable de Dios a Abrahán, nos aconseja la esperanza pues dice «*que nosotros tenemos como segura y sólida ancla de nuestra alma, y que penetra hasta más allá del velo*». El Señor es nuestra ancla ya estibada en el puerto de la salvación; que permite a nuestro barco fondear sin ir a la deriva, a pesar de las tempestades, o de continuar su cabotaje en la prudencia y lucidez. «Con la mirada en Jesucristo, entremos en el combate de Dios» aconseja el invitatorio cuaresmal. La esperanza aparece entonces como «*el yelmo de la esperanza de salvación*» que protege la cabeza del luchador, revestido por otro lado «*de la coraza de la fe y de la caridad*» para medirse valientemente con los enemigos y los obstáculos del camino.

\*

#### 4. **Dicha perseverancia se ahogaría rápidamente sin la confianza en el Señor.**

La confianza es una componente esencial de la Esperanza virtud teologal, siempre unida a las otras dos. El poeta Péguy en sus versos que ondean como las olas del mar, la ha descrito como una niña que avanza entre sus dos hermanas mayores: la Fe y la Caridad.

«*La pequeña esperanza, dice, avanza entre sus dos hermanas mayores y no se la toma en cuenta... Ella, esa pequeña, arrastra todo... Y ella ve lo que será... Y ella ama lo que será...*».

Intuición de poeta que insiste en la comunión entre las tres hermanas. Pero es necesario añadir: no existe esperanza sin Fe que profundice; no existe esperanza sin Caridad que la haga «*arder de amor*». La esperanza es creer en el Amor; es ser animado por Él. De aquí nuestra humilde confianza en Cristo vencedor de la Muerte; Él que nos ha prometido prepararnos un lugar, regresar glorioso y permanecer con nosotros cada día, hasta el final de los tiempos. Él que sube a nuestro barco y nos da su Espíritu para

evitar los dos escollos contra los que la esperanza puede encallarse: el de la presunción, que consiste en sacar provecho de la bondad de Dios para hundirse en el mal... «*Qué importa pecar, ya que Dios es bueno*», o contar demasiado con uno mismo, como el apóstol Pedro... El otro escollo es el de la desesperación, que se infiltra poco a poco, porque el o la desesperado(a) considera, erróneamente, que Dios le ha abandonado, o que ya no es capaz de sostenerle en tal situación de desamparo, ni perdonarle dicha falta, tal y como creyó Judas.

La esperanza rectifica el tiro; nos vuelve hacia Dios y nos concede la paz en la prueba misma; nos vuelve a enseñar las Bienaventuranzas y la oración del Padre Nuestro; en el Catecismo de la Iglesia Católica se nos dice que es el «*resumen de todo lo que la esperanza nos hace desear*».

«*¡Ánimo!*, dice el Cristo, *yo he vencido al mundo y estoy con vosotros*». Es decir, Dios nos conduce a Dios, el Hijo al Padre con el impulso del Espíritu. Confiar, es esperar al Dios de Dios, y recibirlo de Él: es el regalo más bello; la fuerza motriz a través de la cual el Espíritu Santo impulsa a la Iglesia hacia el futuro de Dios.

\* \* \*

## **B. Para un humanismo cristiano de la esperanza.**

Vemos ahora cómo el Apostolado del Mar encuentra en esta virtud no sólo su fuente de inspiración y su motor, sino también su capacidad de introducir en el mundo marítimo lo que llamaré «el humanismo cristiano de la Esperanza».

Hagamos en primer lugar esta observación: la esperanza teologal, antes de considerarse una disposición dinámica que resueltamente nos pone en marcha hacia Dios, es fundamentalmente la mirada positiva y atrayente de Dios sobre nosotros. Pertenece al orden de la gracia; es una de las mejores sorpresas de la historia de la Alianza; la creación de la pareja, hombre y mujer, es acto divino de la Esperanza; Dios confía en su criatura; y el creyente que confía, confía por tanto en este empeño inicial y permanente de Dios, que es su Promesa; de ahí su oración: «Señor, puesto que no puedes renegar de tu promesa ni de tu alianza, ya que no puedes ser infiel, entonces vengo hacia Ti; aprovecho de los derechos que me concedes para dialogar contigo, interceder junto a ti, discutir contigo, batallar contigo, tomarte como mi defensor y hasta como mi Salvador, arriesgar mi vida por Ti y para los demás, a causa de Ti».

\*

A partir de esto, intentaremos aclarar sin ser exhaustivo, algunas características de este «humanismo marino» de la Esperanza cristiana vivido en el Apostolado del Mar.

### **I. Un Dios viajante que nos conduce en pos de sí**

La primera característica es, en mi opinión, la siguiente: **el Dios de la Esperanza nos incita a emprender el camino**. Es el Dios nómada que nos lanza a los caminos del Éxodo llenos de riesgos; el Dios de la Zarza ardiente, de los caminos asombrosos que emprende para alcanzarnos; como afirma la sabiduría popular portuguesa, Él es «aquel que escribe derecho con renglones torcidos», aquel que se preocupa por nosotros y nos desinstala.

a. Es decir, la Esperanza encuentra siempre su tarjeta de embarque en las catequesis del

ángel de la anunciación de María, «hija de Abrahán»: «Alégrate, llena de gracia... No temas... vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo... El será grande... su reino no tendrá fin... porque ninguna cosa es imposible para Dios». Catequesis de esperanza manifestada por el ángel para el futuro; catequesis permanente que se ofrece a la Iglesia y a cada discípulo de Jesús; catequesis de la felicidad que la Iglesia se complace en proponer a todos; nos orienta hacia el puerto y nos evita aquellos escollos funestos para la Esperanza: escollo de la vanidad que hizo que Pedro se derrumbara; escollo del derrotismo que hizo que Judas se hundiera.

- b. Con Abrahán inicia realmente la historia de la esperanza bíblica, con la Promesa que este nómada, sin hijos de su mujer Sara, recibe de Dios a una edad avanzada: una tierra próspera y una posteridad numerosa. El autor de la Epístola a los Hebreos describe su actitud espiritual declarando que: «Obedeció y salió para el lugar... y salió sin saber a dónde iba... Pues esperaba la ciudad asentada sobre cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios».
- c. Por tanto, la vida de esperanza según Dios es una vida llena de riesgos; forja a las gentes con el viento; la Iglesia sabe bien que en todos los períodos de su historia, incluso hoy, está llamada a emprender el camino, confiando en el Espíritu Santo; Éste sigue soplando donde quiere, incluso fuera de los límites visibles de la Iglesia de Cristo. Nuestro Consejo Pontificio, y por supuesto el Apostolado del Mar, reciben de esta convicción su vitalidad misionera. Sin este deseo de emprender el camino en pos de Cristo, toda la comunidad cristiana y la Iglesia pierden su vigor, sus fuerzas y sus perspectivas; mientras que su misión es la de ser «camino del hombre»; hoy día reaparecen dos figuras nuevas sobre este camino de humanidad y santificación: la del catecúmeno y la del peregrino. « ¡En marcha!» afirma el Judío Chouraqi para traducir las Bienaventuranzas.

\*

**I' – El apostolado del Mar**, por su parte, visita las costas y las vías marítimas; caminos concurridos, a veces hasta sobrecargados. ¿Sin embargo son humanos ?...

Para responder a esta urgente cuestión, uno de los primeros objetivos del Apostolado del Mar, movido por la Esperanza, consiste en conocer el estado de estos caminos y en realizar un análisis de las situaciones que se viven: naufragios, abordajes, desapariciones de marinos, desamparo de los boat-people, explotación de marinos, abandono de tripulaciones, confusión con las normas de pesca, contaminaciones, etc., pero también encuentros humanos entre continentes, culturas y religiones, progresos tecnológicos, mejoría del conocimiento científico del mar.

La Iglesia emprende siempre su programa de evangelización con una mirada atenta: mirada profunda y a 360°, como la del Cristo del Evangelio. Mirada lúcida, pero también lo más positiva posible. Pues la Esperanza, en estos caminos tan arriesgados, permite descubrir las causas de tantas desdichas y de vislumbrar el inicio de ciertas soluciones; así el Apostolado del Mar, gracias a ella, adopta, con mayor facilidad, las medidas:

- de los recursos de la solidaridad entre la gente del mar,
- de la importancia de las mujeres de los marinos y de sus asociaciones,
- de la urgencia de adaptar, de mejorar, o de cambiar la formación de la gente del mar ante las nuevas condiciones de vida,
- de la necesidad de encontrar tiempo y crear lugares para escuchar a los más pobres y

- explotados, para favorecer el intercambio entre las generaciones, jóvenes y ancianos,
- de la exigencia de abrirse a los demás en un mundo globalizado, para que la gente del mar de los cinco continentes, los más vulnerables o los más clarividentes puedan confrontar sus experiencias, tomar en sus manos su propio destino, y atreverse a cumplir juntos su vocación humana.

¡Qué feliz sería si, gracias a estos encuentros internacionales, se pudiesen desarrollar, gradualmente, algunas características específicas de cada región marítima del mundo y algunos enfoques pastorales complementarios! Los diálogos interculturales, interreligiosos y ecuménicos encontrarían allí un terreno privilegiado, y suscitarían nuevas canteras de gente de buena voluntad. Contribuirían a que se pudiesen escuchar otras voces, a educar a la opinión pública, y a trazar caminos marítimos más humanos, menos entregados a los tiburones. ¡Esperanza teologal, inspiradora de humanidad, camino de humanidad!...

Como podéis ver, en todo esto, el Apostolado del Mar desempeña el papel de brújula cristiana y de radar marino.

\* \* \*

## **II. Un Dios provocador que nos libera**

La segunda característica de un humanismo marino de la Esperanza cristiana es la siguiente: el Dios bíblico no es sólo aquel que asegura el paso de Israel a través del Mar Rojo, y lo lanza a caminos arriesgados; es también **un Dios que defiende al hombre hasta el punto que lo incita a la libertad, y que soporta sus reivindicaciones cuando su vida se vuelve demasiado pesada.**

La esperanza convierte al creyente en un contestatario que «es del mundo sin pertenecer al mundo»; capaz de llevar a Dios a juicio en aquellas situaciones que aplastan a la persona humana, y se niega a rendirse ante estas injusticias; paradójicamente Dios bendice esta actitud. Desde su zarza ardiente, ve la miseria del pueblo judío sometido al Faraón, escucha su lamento, baja para liberarlo y para que pueda subir hacia una tierra de libertad, reclutando a un Moisés vacilante para que los guíe. Igualmente, en la narración popular del libro de Job; Dios se vuelve contra los amigos de Job, que han venido para aconsejarle que reconozca su culpa; culpa que le habría valido, según ellos, tal sanción divina.

Dios se rebela ante estos charlatanes: « *¡Ninguno de vosotros ha hablado tan bien de mí como mi servidor Job!* ». ¿Ahora, qué dijo Job? ¿Qué hizo para merecer la admiración de Dios? Job acaba de acusarlo de abandono y de infidelidad en su papel de Dios; pero al buscar un abogado en este juicio entablado contra Dios, no encuentra a nadie mejor que Dios mismo para ejercer el papel de su defensor....

Este Job bíblico tiene una descendencia numerosa. El Job de hoy es una legión; son muchos los que se vuelven contra Dios ante el enigma y el escándalo del mal.

Son muchos los que se alejan de Él, rebelados, acusándolo de ser un ser cruel, un ser impotente.

Otros descubren, poco a poco, que Dios no está de parte del Enemigo, sino de aquel que está necesitado, crucificado con los que no tienen nada.

En cuanto a la Esperanza teologal, lejos de mantener al creyente en un estado de ensueño, de ilusión, o de resignación, lo transforma en un hombre o una mujer de acción, que protesta contra dichas situaciones, en su oración a Dios y en sus solicitudes a los

responsables; intentando remediar con otros, el discípulo pide a Dios, que «*quiere que todos los hombres se salven*», su fuerza y su sostén; sabe que Dios se subleva ante la injusticia y espera que los suyos se movilicen contra ella. Así en la célebre visión de los huesos secos del profeta Ezequiel, Dios no soporta oír el lamento de su pueblo: «*Se han secado nuestros huesos, se ha desvanecido nuestra esperanza, todo ha acabado para nosotros...*» se hace eco de esta palabra: «*He aquí que yo abro vuestras tumbas... Infundiré mi espíritu en vosotros y viviréis*».

\*

**II' – El Apostolado del Mar, a través de sus modestos medios, trata de mantener, de difundir este soplo de esperanza;** no se conforma con mantener contactos cordiales, o de una asistencia humanitaria que se manifiesta sólo en situaciones de emergencia, por muy necesarias que sean; más bien, pretende llevar a cabo una Misión de esperanza en nombre de los «sin voz» del mar. Si no lo hiciera, los peces mismos gritarían...

Quiere proclamar, alto y fuerte, junto a los demás, por supuesto:

- 1 Que no se puede desafiar el mar desenfadado, ni enviar en cualquier momento a las pobres gentes de un extremo a otro del planeta en barcos antiguos y podridos, con el único fin que los especuladores ganen dinero, o que los pobres sobrevivan.
- 2 Se convierte en un deber denunciar incansablemente – junto a los demás – las redes mafiosas de los nuevos negreros y de los nuevos esclavos; el escándalo de los boat-people.
- 3 Intenta actuar – junto a los demás – con los gobiernos para idear una política de pesca internacional respetuosa del medio ambiente, de los recursos de altura, del equilibrio de las especies marinas, de la suerte de la gente del mar, de sus condiciones de trabajo y de su formación.
- 4 Es su deseo que se conozca y se respete la existencia de una cultura del mar a menudo desconocida por «las personas de tierra», pero desarrollando puntos que interesan el futuro del mundo. Pues el mar es una especie de laboratorio del futuro, que no ha terminado de entregar sus secretos, sus recursos y también sus valores.
- 5 El Apostolado del Mar anima todo aquello que, a nivel de los diferentes responsables de la sociedad, se realiza en favor de la gente del mar y por el mar. Como declaraba, el 21 de diciembre de 1999, el comunicado del Apostolado del Mar francés, cuando se encalló «Erika», un petrolero cargado de 25.000 toneladas de petróleo bruto, que se partió en dos en pleno Atlántico: «*¡Dime cómo tratas el mar y sus marinos, y te diré quién eres; dime cómo está el mar y sus gentes, y te diré el estado del mundo, su futuro, y el tuyo con ellos!*».

El Apostolado del Mar sabe que desde el comienzo del evangelio, el mar tuvo sus profetas; desde el comienzo del cristianismo la Esperanza se embarcó sobre navíos en los puertos, a favor de la diáspora, para llevar al mundo la Buena Noticia del Cristo Resucitado, y con ella el descubrimiento de un nuevo mundo. La Esperanza teologal, con su soplo profético, es así el origen de un inmenso tsunami de Fe y de amor al servicio de la humanidad que, sin ella, estaría a merced del maremoto de intereses devastadores.

\* \* \*

**III – El Dios del fin de los tiempos, el Dios de hoy.**

**En definitiva, el Dios de la esperanza que es el del «fin de los tiempos», nos pide**

**vivir esta esperanza a diario**, lo cual significa muchas cosas.

- a. En primer lugar que el Hombre-Dios Jesús se niega a ser un mago. A todos aquellos que le piden que realice prodigios deslumbrantes para que le puedan reconocer como el Mesías, Jesús contesta: « *¡Aprended a discernir las señales de los tiempos; no se le dará otra señal que la señal de Jonás!*». Es decir, un acontecimiento que incluye en primer lugar un engullimiento, una desaparición en el abismo, un consentimiento a nuestro destino mortal.
- b. En este mismo sentido, Pablo lucha vigorosamente contra el iluminismo y percibe con rapidez sus malas acciones. Los primeros cristianos de Salónica esperaban el inminente regreso de Cristo en la gloria; esto les dispensaba de trabajar; en cuanto a los Colosenses, creían que además de Cristo, existían en el más allá, fuerzas celestes terroríficas, potencias angelicales que manejaban los astros y los destinos humanos, a tal punto que nadie podía escapar de ellos: «*no durmamos como los demás, sino velemos*», les dice Pablo a los primeros; «*Cristo es todo y en todos*», escribe a los Colosenses. Pablo se ajusta así a la enseñanza de Jesús, que dice en el discurso escatológico de Marcos: «*Mirad que no os engañe nadie... Vendrán muchos usurpando mi nombre y diciendo: "Yo soy". ¡No les creáis!*». Porque dicho iluminismo, que pretende saber todo sobre el fin de los tiempos, su fecha y sus señales, y quiere imponer sus reglas y sus prácticas, no es la esperanza teologal más realista, más humilde y más confiada.
- c. Así Jesús nos devuelve a nuestra vida cotidiana. La señal de la llegada del fin de los tiempos se manifiesta con dos actitudes muy modestas, las mismas para todos, en todas partes y siempre: «*Amarás al Señor tu Dios y al prójimo como a ti mismo*». Así es el fin de los tiempos vividos cada día; la escatología en la vida cotidiana; la seriedad de todo acto humano comprometido con el futuro. Es hoy mismo que cada cual tiene que vivir con Jesús, y por tanto gozar de la vida eterna. En este mundo, con la gracia en vista de la gloria; es ahora, «hic et nunc» cuando se vive la esperanza, y esto lo cambia todo.
- d. Pues la Esperanza acepta llevar su cruz como Simón de Cirene siguiendo a Cristo. En el Getsemaní Jesús ordena a Pedro que envaine su espada, y se niega a pedir ayuda «*más de doce legiones de ángeles*». No quiere confirmar la idea de un Dios – Padre – Vengador que nos arrojaría a las duras condiciones de la historia. Si la Esperanza teologal resuena en el alba de la Pascua en la tumba de Cristo, es porque ha sabido aceptar la prueba de la agonía y las tinieblas del Viernes Santo; ¡paso ineludible! La Esperanza teologal no es nunca el callejón sin salida de la Cruz. Es a este precio que se transforma en ancla de salvación «*ahora y en la hora de nuestra muerte*»; es por ella que vivimos hoy el fin de los tiempos, y que podemos apropiarnos de las últimas palabras del Apocalipsis, palabras de Esperanza del libro de la Esperanza: « *¡Amén! ¡Maranatha! ¡Ven, Señor Jesús!*».

\*

**III'** – Esta misma mirada de esperanza, lúcida y positiva, sobre las realidades marítimas y sus importantes objetivos forman parte del compromiso de la Misión del Mar en la actualidad. Recientemente el papa Benedicto XVI escribía: « *¡la Esperanza se arraiga en práctica en la virtud de la paciencia... y en aquella de la humildad que acepta el misterio de Dios y confía en él hasta en la oscuridad!*».

**El Apostolado del Mar toma así su dinamismo y su movilización de la Esperanza teologal vivida «al ras de las olas». Es la razón por la cual:**

1. El Apostolado del Mar ejerce una función de memoria. En una época en la que se constata a menudo la dificultad de transmitir sus valores y su Fe, es importante que el Apostolado del Mar conserve su experiencia misionera y su historia marítima, con sus informes, sus relatos y testimonios. Sería verdaderamente deseable escribir los «evangelios del mar», interrogando a la gente del mar de nuestros países y de nuestras diócesis. Contemplaríamos con estupor que los Hechos de los Apóstoles continúan hoy día bajo nuestros ojos, en el mar, en las zonas costeras, en las profesiones que viven del mar. ¡Tantos valores vividos, oraciones mudas, actos de esperanza, devoción y hermandad! Sí, sigamos escribiendo los Hechos de los Apóstoles de nuestro tiempo. Respetemos también, educando, aquello que llamamos «catolicismo popular».

Que el Apostolado del Mar sea siempre capaz de decir: « *¡He aquí lo que ella el Espíritu Santo dice a las Iglesias y lo que ha hecho por ellas!* ».

2. El Apostolado del Mar no es sólo memoria, es vigilancia; desarrolla la facultad de clarividencia y de interpelación; utilizando las nuevas técnicas de comunicación, se preocupa por difundir su mensaje. Repite incansablemente, y nosotros con él, que la Gente del mar son seres humanos, y no esclavos o mercancías; que el mar no es ni un juguete, ni un vertedero, ni únicamente un lugar de playa y de vacaciones turísticas o religiosas, sino un don magnífico de Dios que hay que respetar; un lugar que prefigura lo que el universo puede llegar a conocer un día, y a partir de ahora, para bien o para mal (Cf. el mar de Aral). Esto debemos explicarlo en el momento de los encuentros, de las fiestas del mar, de las bendiciones de barcos, de las procesiones con los santos del mar, de los cruceros de peregrinación. El mensaje del Apostolado del Mar no es ni convencional, ni folklórico, sino evangélico. No está empolvado de azúcar, sino sazonado de sal. « *¿Si tu patrón no se interesa por nosotros, cómo se puede creer en tu Dios?* » decía un marino a un sacerdote amigo.
3. El Apostolado del Mar asegura una función de acompañamiento y de presencia en la vida cotidiana y en los acontecimientos más importantes; en su modesto lugar, inspira nuevos estilos de vida a todos los niveles. Mediante la Esperanza teologal que lo anima, desea insuflar un nuevo soplo entre los profesionales del mar, las generaciones, las naciones marítimas, las Iglesias cristianas y las religiones, entre las personas de buena voluntad para que se puedan establecer, cada vez más vínculos basados en el derecho, la justicia, la solidaridad. Siente pasión por los contactos, las visitas a bordo, o en los muelles, o a las familias. Piensa que el mar debería unir otra vez a las personas y a los continentes, en lugar de alejarlos.
4. Puesto que está movido por la Esperanza, el Apostolado del Mar asegura una misión de formación; se esfuerza por suscitar equipos costeros donde los acontecimientos marítimos son releídos y compartidos a la luz del Evangelio: equipos deseosos de sensibilizar sobre las realidades marítimas a las diócesis, sus responsables, a los políticos, a los jóvenes de los liceos marítimos, etc.; es por ello que plantea cuestiones de fondo sobre tal o cual situación, sea a las comunidades cristianas, sea a los medios profesionales. A menudo se necesitan coraje y perseverancia.

Para aquellos y aquellas que deseen ir más lejos en el ahondamiento de la Fe, la

participación en la oración litúrgica de la Iglesia, la respuesta al llamamiento del Señor con vistas a ejercer ciertos oficios de responsabilidad o ciertos ministerios, el Apostolado del Mar intenta proponer tiempos fuertes, y algunas «herramientas» muy afiladas; esta cuestión exige mucho; no pretende eludirla; puesto que la Esperanza le hace descubrir, en el lugar mismo, y preparar progresivamente a verdaderos testigos de Cristo. Pero esto se pide en la oración... pues la Esperanza nos hace entrar constantemente en el vaivén del hoy y del mañana.

\* \* \*

Ha llegado el momento de concluir: por todo esto, vemos que la principal misión del Apostolado del Mar es ser signo de la Iglesia en las realidades marítimas; sin instalarse, ni aferrarse a estructuras demasiado rígidas, debe ser signo del barco-Iglesia que a pesar de su fragilidad persigue su camino en la historia a través de tempestades, derivas y escollos; asume esta misión día tras día en la Esperanza, con Cristo como brújula, el Espíritu Santo como viento favorable, la Eucaristía como viático, María como estrella y la Iglesia como soporte visible. «*Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada*» dice Pedro a Jesús, que le responde: «*Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar*». Así es el programa del Apostolado del Mar, comenta con una sonrisa un monje bretón, en una fórmula chispeante: «*En el mundo no hay más que dos grandes oficios: pescar peces en el fondo del mar, pescar perlas en el fondo de Dios*». Es esto lo que la Esperanza inspira y nos invita a vivir: descubrir lo que el Señor nos ha destinado.

Como un buzo que se sumerge en la profundidad para traer las maravillas del gran abismo, la Esperanza teologal, a través de los proyectos y los compromisos del Apostolado del Mar, suscita un humanismo marítimo cristiano; nos permite, sobre todo, descubrir en estas Galileas marítimas, que son los océanos, Aquel que nos precede y nos llamó, al Cristo resucitado, «*la Esperanza de la gloria*».